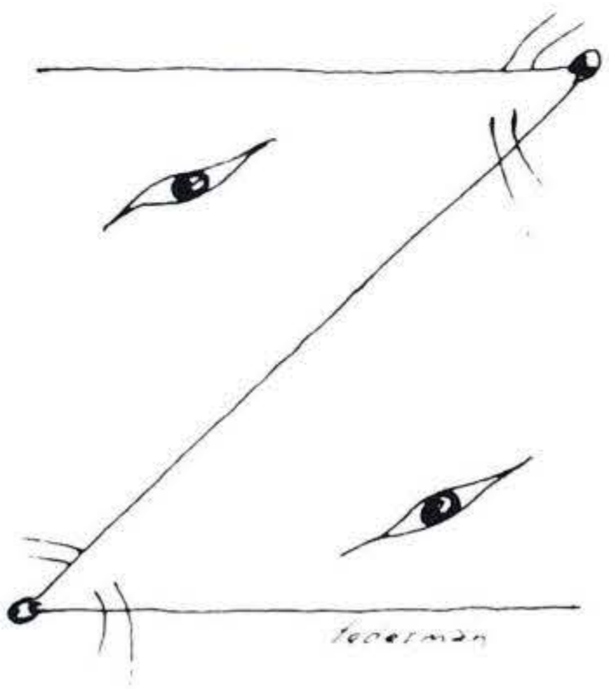
bir una solución genuinamente literaria para los asuntos que trata en *Belchite*. El mapita del cofre escondido resultó para el lector otra impostura. Tal vez también para el mismo escritor, que no supo "esculcar" el cubilete.

RAUL JOSE DIAZ

1 Gonzalo Arango, en epílogo de: Arturo Echeverri Mejía, *Novelas,* Bogotá, Colcultura, Colección Autores Nacionales, 51, pág. 580.

2 Alberto Aguirre, en prólogo de: Arturo Echeverri Mejía, *op. cit.,* pág. 41.



Marta Traba: Cuentos póstumos sobre colombianos en Nueva York

De la mañana a la noche
Marta Traba
Editorial Monte Sexto, Montevideo, 1986.

El primer libro de cuentos de Marta Traba, *Pasó así,* apareció editado por Arca, de Montevideo, en 1968. Hoy, casi veinte años después, aparece el segundo, también en Montevideo. Se titula *De la mañana a la noche,* fue escrito en 1982, comprende diez cuentos, en 48 páginas de manuscrito, y lleva el subtítulo de "Cuentos americanos".

Aquí están, en consecuencia, estos cuentos sobre el enfrentamiento entre dos culturas: la estadounidense y la colombiana, elaborados a base de las cotidianas anécdotas de un muchacho colombiano que estudia en Nueva York literatura comparada. Que, para ser más precisos, no sólo lee a Rulfo sino que también lo rodea una aureola romántica. Esto, por supuesto, lo piensa él de sí mismo, no la autora. El muchacho tiene además veintiún años de edad y está aprendiendo a vivir en la gran ciudad por antonomasia. Un tema, como se ve, digno de Scott Fitzgerald.

En todos ellos, dos mentalidades se miden y reconocen sus distancias, gracias a estas pequeñas crónicas de sucesos intrascendentes. A partir de ellas podemos reconocer como rasgo distintivo de los personajes norteamericanos su propósito de permanecer al margen de cualquier situación excepcional, trátese de un perro que se cuela en la sala de espera de una estación de tren, o de un mendigo que se sienta en la barra de un Mc Donalds y *no pide nada.* Algunas frases, del segundo de estos, sintetizan el asunto, desde la óptica del personaje-narrador: "cada vez que no saben cómo actuar se vuelven catatónicos", "él mismo entraba en el juego de no darse por enterado", "sus gestos espontáneos estaban convenientemente triturados", "el asunto no es conmigo. Nunca el asunto es con nadie. ¿Con quién es el asunto?". Así que aquello que distingue y unifica a los del norte, al parecer, es en definitiva su rechazo a toda supuesta anormalidad.

Los colombianos, en cambio, el narrador bogotano y su amigo barranquillero Alvaro, que finge estudiar para abogado y ama *La larga marcha,* de Styron, semejan sobre todo este último, propiciar el caos y desatar las tormentas. Se acuesta con una negra, pelea a puños con su madre, patea a Ed, el amigo norteamericano. Sólo que de toda esta alharaca no quedara mayor cosa. Machismo, estruendo, bulla: vida en estado puro. Así ellos irán realizando su apropiación de la ciudad y esta, mecanismo con existencia propia, irá congelando sus reacciones. Con su tránsito por estas páginas, nos dejan apenas el testimonio de cuán leves son sus existencias al lado de la vasta complejidad que la ciudad desarrolla, más allá de tan efímeras aves de paso.

Sí, era "una ciudad que no había sido hecha por sus habitantes sino por sí misma, creciendo en silencio como una planta nocturna, carnívora y aterciopelada, para irse luego petrificando hasta quedar detenida en ese aspecto irreal, de telones verticales con jardines y campos en las azoteas, allá arriba. Todo equivocado de lugar, los muros hasta el suelo, los vidrios lanzados hacia el piso y los templos en el aire".

Sólo que en dicha ciudad también son posibles la tragedia y la piedad. El juego y la risa, y el llanto que no se exhibe. Allí está, para atestiguarlo, la noche en que velaron a John Lennon, frente a ese mausoleo que era el edificio Dakota, cuando todas las calles parecían envueltas en celofán; la cinematográfica llegada de dos ambulancias, en el cuento llamado *El edificio,* y el disparatado y cariñoso retrato de la apetitosa negra llamada *Holy-inn.*

"Temor que pase algo (e) irracional felicidad porque algo va a pasar": la euforia latina no impedirá la injusticia o la segregación racial, pero un bálsamo de noche compartida, en la picaresca alegría, redimirá en algo la ruindad de la vida. Un gesto, un gesto nada más, en la ciudad donde nadie mira a nadie, puede ser tan revitalizador como triste, y herir más a quien lo produce que a los beneficiados con su caridad, pero de todos modos ese gesto, que como una limosna insuficiente, no alcanza para nada, ese gesto innecesario e inmaduro, del buen humor y la loca dicha, del desorden y la alteración, también nos resulta necesario. También nos hace falta. Aquí, en todo caso, estos gestos se dan con abundancia.

Sus juveniles reacciones y el carácter tentativo de este manuscrito no nos permiten vislumbrar mucho más, pero en todo caso, gracias a lo no dicho, a la fuerza incluso de un puro vacío —el caso, por ejemplo, del titulado *La entrevista,* o la pintura de Edward Hooper en el denominado *La película,* buscando "crear un espacio vivo y protegido de todo, hasta de la insoportable presencia humana"—, Marta Traba alcanza a concretar cierta dosis de humanidad adoles-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

cente, frágil pero real, enfrentada a opacidades y misterios, también temblorosos y a ras de tierra. Igualmente empapados de soledad.

Apuntes, quizás, para futuras reelaboraciones, estos cuentos-crónicas nos permiten asomarnos, desde un ángulo para mí original, a una relación que en el ámbito político muchas veces parece un simple diálogo de sordos pero que aquí, en la desnuda respuesta de un joven que habla poco y que todavía, gracias a Dios, puede ser tan desamparadamente egoísta como se lo exige la edad, llega a ser mucho más persuasiva y convincente, aunque no por ello menos frustrada, del todo. Cada cual escucha, tan sólo, su propio corazón, pero, quiérase o no, la comprensión de sí mismos y la incomprensión hacia los otros acaban por adquirir otra modulación.

A estas personas, de un modo que casi no pueden comprender, algo les ha pasado, y esto los afecta, de manera indeterminable pero cierta. La literatura es el único instrumento científico con que contamos para medir pulsaciones tan evasivas.

Marta Traba, quien tantas veces manifestó su admiración, sin reticencias, por la vida académica estadounidense, muestra también aquí cómo su estadía en Estados Unidos, entre 1979 y 1983, cuando tuvo que abandonar el país al serle negada, al igual que a su marido, Angel Rama, la visa de residencia, también enriqueció su percepción de lo humano, en sí, y de las tensiones inevitables entre dos maneras de ver el mundo.

Hay por ello algo romántico en este retrato de un todavía no realizado artista adolescente, que busca, cómo no, "que algo, aunque mínimo, resplandeciera al hablar", y que a pesar de llamarse a sí mismo Dylan Thomas y leerle a los otros pasajes de *Bajo el volcán,* ansía la llegada de su madre para que simplemente lo quiera y le ayude a coser los sacos rotos. Alguien, en todo caso, que, al igual que Marta Traba, siempre tenía detrás de sí la "súbita nostalgia de la oscura montaña bogotana", con sus cielos espesos, sus nubes amenazantes, sus laderas de pinos y sus crepúsculos demasiado largos. Poco a poco, a pesar de estar en Nueva York, el miedo se va venciendo y la vida resultaba "insosteniblemente maravillosa". El milagro debía fabricarlo uno mismo, convirtiendo cualquier cosa en acontecimiento. Tal la conclusión.

Como lo vio muy bien Angel Rama, en una nota aparecida en "Marcha", de Montevideo, en enero de 1968, algunas de las características de su literatura eran estas:

> *una sensibilidad poética delicada, tenue, que trata de convertir cualquier fragmento de la vida real en un pretexto de lo bello; un frenesí vital que late bajo las palabras, las enardece y arrastra; una atención privilegiada por los objetos o por el paisaje haciendo de todos ellos cuadros recorridos con fruición; un tema recurrente que es el amor, el desencuentro, el contacto fugaz, la pérdida y la posesión interior de lo perdido; un deslumbramiento ante el panorama grande del mundo acompañado de un deseo de tener, participar, vivir, entremezclarse con él.*

En definitiva, una luz poliédrica iluminando sensibles detalles: esos nimios detalles en los cuales un escritor de raza detecta la verdad.

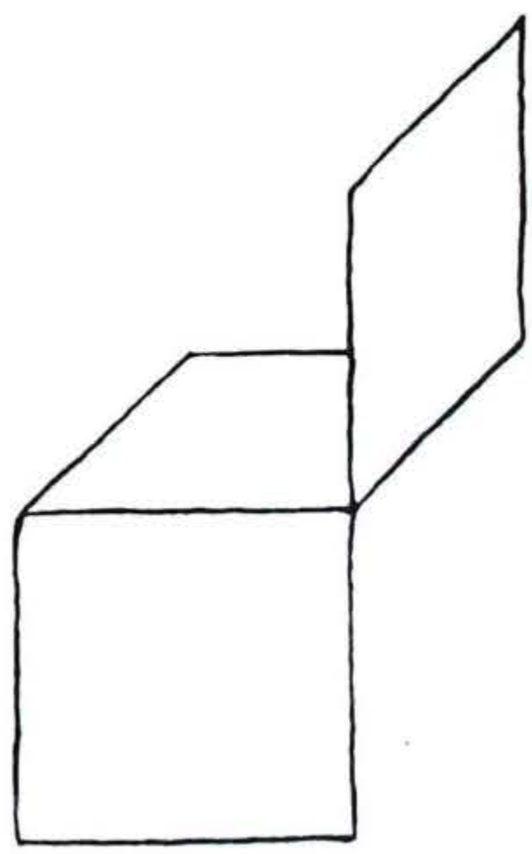
He escrito ya en otras dos ocasiones sobre Marta Traba, pero ahora, cuando estos papeles de su arhivo se exponen a la mirada del lector, veo con alegría cómo su peripecia individual, tan evidente, incluso, en estas páginas, entra a convertirse en parte significativa del mapa mayor de la narrativa femenina en Hispanoamérica.

De María Luisa Bombal a Silvina Ocampo, de Clarice Lispector a Armonía Somers, de Rosario Castellanos a Nélida Piñón, de Luisa Valenzuela a Cristina Peri Rossi, de Elena Poniatowska a Rosario Ferré, de Albalucía Angel a Angélica Gorodischer, de Margo Glantz a Helena Araújo, de Elena Garro a Sylvia Molloy, de Fanny Buitrago a tantas otras que ya estarán ahí, o que pugnan por venir, la lista es rica, copiosa, y cada vez más estimulante. En ella Marta Traba ocupa una posición central.

Este pequeño libro, inconcluso pero audible, contribuye sin embargo a enriquecer la corriente infinita demostrándonos cómo la tradición, por más de ruptura que sea, no sólo se sostiene en las grandes obras, sino también en las marginalias con voz. Lo bueno de la literatura, además, es que cura de toda vanidad: comenzó antes de nosotros y continuará sin nuestra ayuda. Por ello mismo cada nueva palabra que a su caudal se aporte ha de ser insustituible y personal. La larga frase que Marta Traba, en sus seis novelas, y en sus dos volúmenes de cuentos, elaboró, ya forma parte inconfundible de esa ondulación más vasta y decisiva que fue la escritura de ficción a partir de los años sesenta, en nuestro continente. Allí están, entonces: *Las ceremonias del verano,* 1966; *Los laberintos insolados,* 1967; *La jugada del sexto día,* 1969; *Homérica Latina,* 1979; *Conversación al sur,* 1981; *En cualquier lugar,* y la aún inédita Casa sin fin, escrita entre 1980 y 1981, aguardándonos para valorar su aporte.

Debemos hacerlo con el mismo rigor crítico con que ella nos enseñó a conocer y juzgar el arte de nuestros países. Así su lección de simpatía estética y probidad moral no resultará estéril, ni indigna del todo de estas tierras que tanto amó.

J. G. COBO BORDA



Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.